

poder y la fuerza de la razón humana sus partidarios, que hacerla *participación* de la misma inteligencia divina?

¿Qué más podían pedir los partidarios casi exclusivos de la fé, que ver en ella el foco esplendente de la razón, y el secreto de su bondad y de su fuerza?

¡Ah! ¡sí, es verdad! El mundo, acostumbrado á oír los apodos de *oscurantistas* y *apagaluces*, arrojados contra todo creyente de la religión, y más aún contra todo el que lleva hábito religioso, debió sentirse extrañamente conmovido al oír que mientras los enemigos de la religión afirmaban como la última palabra de la *ciencia racionalista*, que la razón humana es una secreción viciosa del cerebro enfermo, como afirma el sábio Renán, estos frailes, inquisidores ó de la Orden de la Inquisición por más señas, aseveraban que la razón humana era una *participación inmediata* y una *impresión perfecta* en su género de la verdad *increada* y de la luz intelectual *divina*!

¿Necesitaré yo ahora, señores, recordaros qué serie lógica y encadenada de soberanas conclusiones se desprenden de esta valiente teoría sobre el origen de la razón? No por cierto. Sé que hablo ante uno de los más ilustrados centros de la cultura española, que sabe y que conoce bien todo el engranaje del organismo científico y sus íntimas relaciones con el organismo social. Me limitaré únicamente á consignar que la evidencia de los primeros principios lógicos y ontológicos á la vez, la certeza *infallible* de la razón en orden á estos mismos principios, la excelencia suprema de la metafísica sobre toda otra ciencia humana, la certidumbre *lógica* de la ciencia y la verdad esencial del testimonio del género humano, son sus inmediatas conclusiones. Gracias á la teoría de la razón humana de estos dos frailes, los que no queremos renegar del espíritu, de la razón, de la libertad y de Dios, podemos escuchar sin peligro la palabrería de esos sofistas que se proponen elevar y redimir á la huma-

nidad reduciéndola á *un poco de lodo fosforescente*.

El *sincretismo* y el *escepticismo*, ó sea los dos errores fundamentales de la filosofía contemporánea, sintieron el golpe de muerte. Así como contra el panteísmo, que afirma la totalidad de colección de todos los seres en Dios, no hay arma como el theísmo, que afirma la totalidad de perfección en Dios de todos ellos, así para el sincretismo contradictorio no hay nada más mortífero que el sincretismo eminente, que produce la unidad permanente de la verdad, llamando así como afines todos los fragmentos incorporados al error por la intransigencia de las escuelas. Y para el escepticismo trascendental, que tiene para mí su meta definitiva en aquella fórmula de Schopenhauer "tan cierto es que el conocimiento es un simple producto de la materia, como que la materia es una simple idea del conocimiento," no conozco antídoto mejor que aquel lógico y ordenado y demostrado dogmatismo, que partiendo del principio de identidad ó de contradicción, asciende por entre las ruinas del tradicionalismo y del racionalismo debelados, depurando escrupulosamente los criterios lógicos de verdad, hasta las cumbres mismas de la certeza, donde toma posesión de la realidad creada por el Ser Realísimo por Esencia.

Poco he podido decir sobre su doctrina, ménos aún podré decir sobre sus obras. Sus títulos, todos los conocéis. En sus páginas hallaréis brillantes reivindicaciones de la gran filosofía escolástica, profundos y nuevos desarrollos de esa misma filosofía, regenerada y organizada en vista de los modernos problemas; filosofías de la historia con ocasión de historias de la filosofía; estudios de aplicación de los principios y los métodos filosóficos en las ciencias teológicas, políticas y sociales; espléndidas muestras de lo inagotable de la especulación como fuente y venero de la elocuencia, y nuevos y más espaciosos rumbos señalados á la exege-

sis y á la apologetica para la concordia suprema, definitiva y total entre la Ciencia y la Biblia.

De sus títulos, honores y dignidades, nada tengo tampoco que decir. Fué aquella una lucha singular entre la modestia, el encogimiento si queréis, y la gloria empeñada en acosarle de cerca. Todo conspiraba á su elevación ménos él, que hacía cuanto estaba humanamente en su mano para no dejarse llevar en triunfo por la escena. Hasta para morir quiso emigrar, seguro de dejar su cadáver en una estación cualquiera del camino, y la gloria le clavó impiamente al lecho del dolor para uncirlo mejor á su carro. (*Grandes aplausos*) De entre todos los honores que recibió, el mayor, á mi juicio, lo recibió de la Universidad Central en los días de la República. En aquellas horas de prueba para el sentimiento religioso, el Claustro de la Universidad de Madrid le ofreció una cátedra de sus aulas para enseñar con el hábito blanco de los hijos de Santo Domingo la ciencia de Santo Tomás.

No creo necesario que os hable de su acción social: Córdoba os lo dirá con sus *Círculos de Obreros*, ni ménos de su acción política religiosa, grabada con indelebles caracteres en LA UNION CATOLICA, de que fué el principal inspirador, ni ménos aún de sus virtudes privadas, que ya habrán obtenido de Dios su merecida recompensa.

De su Escuela, acaso os debería hablar, pero sería pena sobre pena, porque al mentar sus más aprovechados discípulos, así en el claustro, como en el sacerdocio seglar, como entre las gentes del mundo, tendría que enumerar á la cabeza de todos ellos á aquel malogrado Pérez Hernández, que tantos recuerdos dejó entre nosotros por su potencia intelectual enfogada para la especulación metafísica. (1).

(1) En el testero del salón, á la derecha de la presidencia, se veía el retrato del Cardenal González cubierto con una gasa de luto.

En cuanto á su retrato, ahí lo tenéis; pero le falta el brillo, como de filo de puñal, de sus ojos inquisidores.

De su vida, todos la conocéis. Nació en Asturias, donde los valles profundos estimulan á la profundidad y las montañas elevadas invitan á la elevación de los espíritus que las contemplan. Profesó joven dos veces, como para confirmar su vocación, y ansioso del martirio dobló el Cabo de Buena Esperanza en ocho meses mortales de navegación interrumpida por toda clase de siniestros, y pidió puesto en las misiones. Pero ya la gloria se valía de la enfermedad para retenerle en sus redes, y gracias á su complexion enfermiza le veneramos como sabio, en vez de venerarle como mártir, como á su compañero y paisano el protomártir de Quijós, Fray Melchor García Sampedro.

Estudiante, hasta el momento de morir. Lector de Filosofía y Teología largos años en la Universidad de Manila, devuelto á España por la enfermedad, puso cátedra y fundó escuela en esa celda de la calle de la Pasión que presencié los últimos momentos de la suya. Allí le vinieron á buscar todos los homenajes del mundo: la Orden, con sus cargos espinosos; la Iglesia con sus más altas dignidades; las Academias con sus unánimes elecciones; las Asambleas políticas, con sus más honrosas investiduras; las Universidades más célebres de Europa, en busca de sus fallos para sus disputas y controversias; y la muerte, por último, con todo el formidable cortejo de sus dolores y todo el ruidoso aparato de sus espléndidos funerales. (*Muy bien.*)

Como Rector en el colegio de Ocaña, elevó sus renombradas enseñanzas, en toda clase de disciplinas, á la altura de las brillantes en Europa; como prelado en Córdoba y en Sevilla, ejerció el cargo pastoral con el celo, la caridad y el tacto que han hecho indeleble su recuerdo, y que atestiguan el llanto filial ante su muerte de sus antiguos diócesanos; como Prímado de las Españas, como Patriarca de

todos, con todas las bendiciones de su religion y con todos los honores de su dignidad, sino atropellando por todo, forzando la mano misma al dolor, intenta obstinadamente morir a los piés de lo que unos combaten como supersticion y otros adoran como revelaciones del Cielo!

¡ Ah, señores, perdonad este grito á mi corazon, pero este último pensamiento y esta última voluntad del padre Zeferino tan extraordinarios por su estado, por la lucidez clarísima de su razon, tan ajenos á su modo de ser grave, recogido y sereno, son como la coronación lógica de su vida y como el símbolo providencial de su misión y de sus obras! ¡ El Padre Zeferino muerto en el camino de Lourdes, es la Ciencia postrada ante la Religion! ¡ Diré más: es la Verdad arrodillada ante el Amor! [Triunfo inmenso, atronadoras salvas de aplausos acogen las últimas frases del orador, que es felicitado por el público.]

DATOS ELOCUENTES.

Según las estadísticas modernas, desde hace 650 años la Orden de San Francisco ha dado 247 santos y bienaventurados, y 1500 mártires, 10 Papas y 400 Arzobispos y Obispos. La Orden de San Benito ha producido 43 Papas, 300 Cardenales, 258 patriarcas, 60 Arzobispos y más de 40,000 Obispos, habiendo abandonado el trono para tomar el hábito del Cister 25 entre emperadores, reyes y reynas.

De la Orden de Santo Domingo han salido 4 Papas, 80 Cardenales y 2600 Obispos. Poseen actualmente los capuchinos 235 conventos 263 hospicios, 50 noviciados y 28 escuelas seráficas. El número total de religiosos es de 7881, y el de los miembros de la Venerable Orden Tercera, afiliados á los Capuchinos, 557,213.

Recomendamos estos datos á los ene-

migos sistemáticos de los frailes, para que comparen los beneficios que estos han aportado á la sociedad con los que recibimos de las sectas masónicas.

Inglaterra y el Vaticano.

—Varios pastores y doctores de la comunión anglicana han pedido á su Santidad que proponga fórmulas ó busque medios adecuados para conciliar á los católicos y á los disidentes de la Gran Bretaña.

Lo que se ha hecho para los cismáticos orientales ahora por el Padre Santo, se quiere hacer para los protestantes de Europa y de América, y más especialmente para Inglaterra y los Estados Unidos norteamericanos, para reclamar también de ellos que se unan al Catolicismo. Su Santidad desde luego se propone convocar en Roma á los principales y más distinguidos Prelados de los países donde existe el protestantismo para consultarles y concertar con ellos los más oportunos medios para atraerles á la unidad católica. Con tal objeto se verán próximamente en Roma, el Cardenal Vaughan, Arzobispo de Westminster, y el Cardenal Gibbons, Arzobispo de Baltimore.



DEFUNCION.

El día 21 de Enero, falleció en Juchipila el Sr. Cura D. Ignacio Rubio, amirado por sus conocimientos y virtudes.

R. I. P.

COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

Tip. de N. Parga. -D. Juan Manuel R.

Resp. Jesus Berrueco.

TOM. VIII.

GUADALAJARA, FEBRERO 22 DE 1895.

NUM. 4.

Sección I.

CARTA APOSTOLICA

DE

SU SANTIDAD A LAS

IGLESIAS ORIENTALES.

He aquí las prescripciones contenidas en la Carta Apostólica de S. S. el Sr. León XIII á las Iglesias Orientales, con las que, es de esperarse, y con fundamento, la vuelta á la unidad Católica de tales iglesias, separadas hasta ahora de la Iglesia Romana por el cisma de Focio.

I. Todo misionero latino, del clero secular ó regular, que por sus consejos ó ayuda haya inducido á un oriental á adoptar el rito latino, además de la suspensión á *divinis* en que incurrirá *ipso facto* con las otras penas establecidas en la Constitución *Demandatum*, deberá ser privado y excluido de su ministerio. Para que esta Constitución produzca su efecto seguro y duradero, mandamos que un ejemplar de aquella se dé á conocer al público en las iglesias de los latinos.

II. Donde falte un Sacerdote de su propio rito, á quien el Patriarca oriental pueda encargar el cuidado espiritual de sus ovejas, puede sustituirle en el ministerio otro Sacerdote de rito diferente, para consagrar las mismas especies: el pan (con levadura ó sin ella,) del que habitualmente se sirve; pero deberá preferirse el que se use conforme al rito oriental. Los fieles podrán comulgar segun un rito ú otro, no sólo donde faltan iglesias ó Sacerdotes del suyo, con arreglo al decreto de la Congregación de Propaganda de 18 de Agosto de 1893, "sino en los lugares en que, á causa de estar lejos su propia iglesia, no puedan ir á ella sin grandes dificultades; el Ordinario decidirá en estos casos. Debe entenderse que el que comulgue, aunque sea largo tiempo, segun rito diferente del suyo, no por eso se crea que ha cambiado éste, sino que en todas las demás obligaciones queda siendo subdito de su propio párroco.

III. Las Congregaciones de religiosos latinos que en Oriente educan á la juventud, desde que cuenten en su colegio cierto número de alumnos de rito oriental despues de consultar al Patriarca, y para comodidad de esos alumnos, deberán tener un Sacerdote del propio rito para celebrar la Misa, dar la Sagrada Comunión, explicar el Catecismo y los ritos en su lengua materna, ó al menos deberán llamar á un Sacerdote que desempeñe tales ministerios los domingos y ties-

las Indias y como Príncipe de la Iglesia, dió el ejemplo que había ya dado al mundo Carlos V desnudándose voluntariamente de la púrpura para vestirse de nuevo con el sayal y morir en el Yuste de sus hermanos.

Resumamos para concluir. El Padre Zeferino fué un génio: recibió una mision providencial, y la cumplió debidamente. Esta mision fué la restauracion de los estudios filosóficos en España, reanudando la rota cadena de la tradicion nacional, renovando la filosofía perenne del Angel de las Escuelas, ó informando con ella las Ciencias teológicas, sociales y naturales de su tiempo. Fué como el Francisco Victoria de este siglo, y así como aquel reconcilió la Escolástica con el Renacimiento, el Padre Zeferino reconcilió la Escolástica con la edad moderna. Por eso me he atrevido á decir que fué el menos escolástico de todos los renovadores modernos de aquella gran filosofía, por lo mismo que era el más escolástico de todos ellos. Y sin duda por eso se ha podido decir, al verlo ya postrado en su tumba: "que si la mision de que habla el Apóstol fué *instaurar en Cristo* todas las cosas, la suya fué *instaurar en Santo Tomás* todas las doctrinas, precediendo en esto, á manera de precursor, al gran Pontífice que veneramos en la Silla Augusta de San Pedro.

Esta fué su mision providencial, llevada á cabo con su palabra y con su pluma y completada con su accion de religioso, de Prelado, de sabio, de Príncipe y de hombre.

Pues si sabéis leer en la Historia, comprenderéis que la accion y la influencia de este hombre grande, no pudieron concretarse á sus obras, y con la organizacion y direccion de sus Colegios y Seminarios, con sus escritos y cartas pastorales, con la suprema y altísima direccion que daba con su autoridad y con su ejemplo á las almas, no podía menos de influir muy eficazmente en la historia de su siglo y de su país. Pero no es esta la

ocasion de ahondar en semejantes consideraciones, dia llegará en que su figura brillará en todo su esplendor como cabeza de grandes y profundas trasfiguraciones sociales.

Había cumplido con su mision, y podía descansar tranquilo. Pero ¡ay! ¡que el descanso para los que pelean las batallas de Dios, sólo empieza al otro lado de la tumba! No corona el Señor á sus valientes sino despues de la victoria definitiva, y el Padre Zeferino que había sacrificado ya á Dios todo cuanto poseía en el mundo, tenía un último sacrificio que hacer, ¡el sacrificio de su vida!

Yo fuí el encargado de pedírselo en nombre de Dios. Oyó la notificacion de su sentencia sin hacer el menor extremo, me atrevo á decir que sin pestañar; tomó la pluma y en un papel manchado con su sangre y mis lágrimas, me significó su última voluntad de morir en el seno de sus hermanos; desde aquel instante no le volví á oír un ¡ay! El sacrificio estaba hecho (*El ilustre orador católico lee este párrafo profundamente conmovido.*)

Despues una idea fija se apoderó de él, ir a Lourdes y morir á los pies de la Virgen. En vano se opusieron los médicos, asegurándole que no podría llegar. "Quiero morir en el camino, en la calle en la escalera,—decía—pero quiero morir á los pies de María Inmaculada." Dios sabe á que obedeció esta tension del ánimo del moribundo. ¡Yo no lo sé! Sólo encuentro extrañamente casual este invencible propósito del hombre de ciencia, que venía, impensadamente de fijo á dar un testimonio vivo de su fé en lo sobrenatural, á costa de mayores horrores en su agonía, en los momentos en que un escritor francés que ha tomado la meta de la impiedad en sus obras, acaba de entristecer á la Cristiandad con otro viaje á los pies de la Virgen que ha recibido de su propio autor el nombre característico de *Noxela*, (*Aplausos*).

¡Ah, Señores los que me escucháis: hombres todos de estudio, de sabiduria y

de ciencia! Vosotros que tanto habéis meditado sobre el gran problema filosófico de la muerte, que tan soberanamente refluye sobre todos los grandes problemas de la vida, proyectando sobre todos ellos pavorosa ó consoladora solución; vosotros que conocéis las ansias, y los tormentos y las congojas de los mas grandes pensadores de la humanidad, ante las densas tinieblas que envuelven y que rodean este problema; vosotros que no habéis podido olvidar lo solemne y lo trascendental de las ideas en esa hora suprema, sobre todo en los hombres que ha marcado Dios con su dedo en la frente: vosotros, estoy seguro que me acompañaréis con grave curiosidad, pero con respeto y con amor, al lecho de agonía del gran filósofo cristiano, ganosos de sorprender en aquellos momentos solemnes un rayo de luz que ponga en evidencia, en medio de las disgregaciones de la materia, la inalterable esencia del espíritu, ó las primicias anticipadas de su vision más allá de la noche de la tumba! Recogéos, pues, señores, en vosotros mismos, y asomáos conmigo á ver como enseña á morir la filosofía cristiana (*Grandes Aplausos*).

Aristóteles, el gran filósofo de la antigüedad pagana, elevándose en alas de su filosofía por encima de los mitos de su religion, encontró al morir, entre las iluminaciones de su agonía, aquel grito supremo de su alma dirigiéndose al Sér por esencia, cuyo inefable nombre le presentaba escrito su altísima razon en caracteres luminosos sobre la faz del Universo Mundo: *Causa causarum miserere mei*. El Aristóteles español que acaba de bajar al sepulcro, leía tambien el nombre ontológico del Sér Supremo en la frente de todas las criaturas; pero más afortunado que el filósofo de Estagira. lo veía más tangible y más circunscrito cerca de sí en Jesucristo crucificado por él, que bajaba á acompañarle en su muerte escondido en el Sacramento; y sin embargo ni lo uno ni lo otro basta á saciar la mente y el corazón del gran filósofo cristiano. Todo hombre al mo-

rir, por criminal y desalmado que sea, tiene escondido en los últimos repliegues de su corazón un grito supremo que lanzar en el instante aterrador en que va á caer en lo desconocido. "¡Madre mía!" es el grito instintivo con que la criatura racional clama pidiendo amparo en el peligro á la santa mujer que el cielo nos concedió, para velar por nosotros desde la cuna. El Padre Zeferino no tenía madre sobre la tierra; pero su razon, acostumbrada por la Ciencia á ver tras de las apariencias las realidades de las cosas, se la enseñaba viva y gloriosa en el cielo, y por eso el gran filósofo pugna por ponerse en pie y por ir en busca de María.... ¿A donde? ¿A su santuario predilecto, á su altar, al lugar céntrico y concurrido donde al aire libre y á la luz, á los ojos de toda la humanidad, esplende lo sobrenatural..... (ó una impostura más sobrenatural todavía) (*Estrepitosa salva de aplausos interrumpen al orador*) no para pedirle la gracia de su curación, sino para ofrecerle el sacrificio de su vida y recibir de ella la gracia de una buena muerte! ¡Espectáculo inefable hasta no más y que encierra una altísima filosofía!

¡El hombre de inteligencia extraordinaria que ha consumido su vida en la meditacion y estudio de la lógica, que es la ciencia del conocimiento, de la metafísica, que es la ciencia de la sabiduría, de la moral, que es la ciencia de las operaciones humanas ordenadas á su finalidad, de la teología, que es la ciencia de la esencia y de los atributos de Dios; que ha pesado y conoce una por una todas las razones con que la impiedad, el escepticismo, la duda, hasta la misma prudencia humana procuran destruir ó atenuar ó probar prodigios que no son de fé, sino de piedad solamente, en el momento mismo de morir y de sellar con su muerte sus creencias y sus ideas, marcando con indeleble señal de gloria ó con estigma de reprobacion su nombre en el instante de legarlo á la historia, no se contenta con morir en paz llorado y respetado de